

El Tarot de la Frontera

Cumpliendo con lo acordado, me instalé en una de las mesas del "Café del Mundo". La tarde estaba un poco fría por lo cual me decidí por el interior, evitando la terraza. Era más discreto, también. Ellas no se demoraron mucho. Diría que fueron puntuales en su manera de atrasarse o, si lo prefieren, que se atrasaron en forma puntual. La Diabla estacionó su Toyota Tercel a un costado de la Plaza Sucre y se acercó hasta la cafetería acompañada de una mujer alta, muy morena, de cuerpo estupendo.

- ¡ Hola, querida Papisa! -, me saludó La Diabla, al tiempo que se apresuró a presentarme a su amiga.

La morena vestía de blanco, con cartera y zapatos del mismo color. Cubría sus hombros con un echarpe. Tenía unos ojos muy especiales. A veces, según la luz, chispeaban visos verdes y otras, lucían color miel. La ropa era de marca, lo mismo que su calzado y su bolso. Aparentaba unos treinta y ocho. La miré con envidia. Sin embargo, no era por el dinero que parecía disponer en abundancia. Era por la imagen. Yo soy morena también y muy baja de estatura. Para colmo, con la edad el cuerpo se me ha desparramado en todas direcciones.

A pesar de los pesares, Luna resultó ser muy agradable y simpática, de una sencillez muy natural. Nada parecía alterarla ni

sorprenderla. La Diabla pidió disculpas por juntarnos allí y no en su casa, con el resto del grupo de amigas. Ocurría que Luna debía abordar el avión para Arica y no disponía de holgura suficiente de tiempo como para haber efectuado una reunión en grande.

Templanza - ella atiende su propio negocio - se acercó a fin de tomar nuestro pedido. Luna quiso un trago pero como aquí no venden alcohol terminó encargando un café expreso con sabor de amareto. Para mí, solicité un jugo de frutas y La Diabla encargó una once completa. Las conversaciones de nuestro club femenino la ponen ansiosa y la única forma de proporcionarse un poco de calma es comiendo alguna cosita, de preferencia un buen trozo de tarta.

- Con La Papisa nos conocemos de muchos años. Es peligroso decir cuántos pues si lo hacemos nos descubrirán la edad. Fuimos fundadoras - junto a otras amigas - del grupo femenino del que tanto te he hablado. Yo quiero que te integres. ¡ No me vayas a decir que no !. Lo pasamos divinamente relatando nuestras experiencias. Nos hace mucho bien desahogarnos contándolas Como que nos agarra una catarsis, un equilibrio emocional La verdad es que me faltan palabras para explicarte Norita -, se atropellaba La Diabla.

- ¿ Es cierto que te unirás a nosotras ?. Hazlo. No hay mujer que no tenga algo diferente para contar -, agregué.

- Bien -, prosiguió La Diabla. - No te he dicho que Papisa es maquilladora. Una especie de chismosa sin título, a diferencia de las periodistas. Además, es tarotista.
- ¿ Lees el tarot ? -, preguntó Luna con marcado interés, a lo cual asentí bajando los párpados a fin de darle más misterio.
- Si quieres, hacemos una tirada más tarde -, ofrecí. - Antes, me gustaría saber algo más de ti. Así me resultará más fácil la interpretación de tus cartas.
- ¡ Ay!. Sé buenita. Prométeme que me dirás el porvenir antes de separarnos. No me falles. -, suplicó la morena.

Luna era nortina, nacida en Arica, de una familia no modesta, sino pobrísima. A los dieciocho años, sin educación, sin trabajo, sobreviviendo con almejas recolectadas en la playa y con pescado que mendigaban en la caleta, sus posibilidades de progresar con dignidad eran nulas. Su madre le dijo muy claro que debía marcharse para que la comida alcanzara para el resto. Cuando de sus labios salió el "¿ a dónde puedo ir ?", su progenitora le manifestó sin mayores vueltas que las chilenas eran bien cotizadas en los prostíbulos de Tacna¹.

¹ Ciudad del sur del Perú, cerca de la frontera con Chile.

Luna extrajo de su bolso una boquilla de marfil, que resaltaba cual destello entre sus dedos morenos. Soltó una bocanada de humo y se echó ligeramente hacia atrás, para dar lugar a los pedidos formulados por las comensales, los cuales la Templanza acomodó en nuestro pequeño reducto.

- ¿ Qué fue lo que hice ?. Muy sencillo. A dos cuadras de donde vivíamos, se alojaba El Ermitaño. Era de profesión practicante. Negro, enjuto, arrugado. Tenía cuarenta años más que yo. Siempre me decía cosas cuando pasaba por su puerta. Que era bonita, que no existía una morena más rica, que se casaría conmigo y un montón de frases dulzotas que me sonaban como una sarta de tonteras y mentiras. Y, fíjense muchachas, que de un momento a otro, en cuestión de horas, hube de tomar en serio sus palabras. Me fui hasta su casa, llamé y él mismo, en persona, me salió a abrir.

- No te puedo creer que fuiste tan atrevida ... -, deslicé el comentario

- Si no era por valiente que lo hice, era por desesperada. El viejo me hizo tomar asiento. Me contó que la situación económica en Arica estaba muy mala por lo cual se iba contratado como enfermero de Carabineros² a Putre. “- ¿ Cuándo parte ?” -, le pregunté. “- Mañana”-,

² En Chile, policía uniformada.

me respondió. Y agregó: "- Casémonos ahora mismo y me la llevo al altiplano, Lunita".

- ¿ Y qué hiciste ?. ¿ Aceptaste ? -, preguntó La Diabla.
- ¿ Qué crees tú ?. Al día siguiente iba junto a él en el tren con mi atadajo de ropa sobre las rodillas. No bien llegamos a ese hoyo, comenzó a llover varios días sin parar.
- ¿Cuál hoyo ?.
- Me refiero ese sitio horroroso de la aldea de Putre Bueno, el asunto es que se desató un temporal que dejó los caminos cortados. Estábamos aislados por causa del invierno boliviano
- ¿ Invierno boliviano ? -, preguntó La Diabla. - ¡ Qué cosa tan curiosa!. No estaba enterada que los bolivianos tuviesen invierno propio y que más encima se pasa para acá. Aunque no debería extrañarme. En Chile no somos menos. Tenemos nuestro invierno, también.

La miré con unos ojos que expresaban algo así como "- Entiérrate, huevona ignorante" y, sonriendo de manera fingida, me apresuré a intervenir.

- La Luna se refiere a las lluvias altiplánicas que se producen en verano, al contrario de lo que ocurre en las tierras de más al sur, como Santiago, por ejemplo, que es muy seco y caluroso en esa época.

- Ah, verdad, verdad, disculpen mi distracción -, dijo, poniendo una tajada de jamón en medio de un panecillo.

- Continúa linda, recuerda que en una hora más tienen que salir rumbo al aeropuerto -, agregué, llevándome el vaso de jugo a los labios, gesto el cual encubrió el rictus de desaprobación hacia mi amiga que en ellos se esbozaba.

- La vida en Putre era, en esos años, apartada totalmente de la civilización. La gente vivía con una modestia parecida a la miseria. Mi marido se asimiló rápido a las condiciones de vida y a las costumbres del lugar, disponiendo de una abundancia de medios a tono con un avaro. ¡ Y yo, que llegaba ilusionada con la idea de salir de la pobreza !. Pronto me sentí más desdichada que cuando vivía la estrechez de los desamparados de Arica.

- ¿ El viejo era un tacaño ? -, preguntó La Diabla.

- Así lo creía yo en esa época. Aunque hoy pienso que no era tanto por eso y, simplemente, se debía a que el salario de los policías era una nada. Para peor, él tenía que salir en

operativos de atención médica a los poblados vecinos. Me dejaba sola durante semanas. Por un lado, me embargaba la tristeza de quedarme sola y, por otro, a él, con el aire enrarecido de la puna y el exceso de trabajo se le iba agriando el genio cada día más.

- ¿ Lo echabas de menos ? -, interrogué.

- La verdad, sí. Pero no era por enamorada. Era porque allí no conocía a nadie y no tenía confianza en la gente, tan diferente a uno. Sola, me dominaba una tristeza pavorosa. Lloraba día y noche dentro de la casa - ¡ qué casa !, ¡ era una miserable rancha de barro ! - hasta que me venía el sueño, tapada con las frazadas hasta la cabeza, para defenderme del frío y del miedo. Ni sábanas teníamos. Tal era la pobreza en que me hacía vivir el viejo Ermitaño. En el día, barría el piso de las habitaciones, que era de tierra. Luego, salía a barrer la calle. ¿ Con qué fin ?, ¡ si el viento volvía a empolvarlo todo al día siguiente !. Un viento implacable, helado, cortante como un cuchillo, que te iba partiendo las mejillas y surcando la cara de marcas, tallando así en el rostro la dureza de la vida de la puna. No se imaginan todo lo que añoraba Arica, con su brisa fresca, su playa y el agua tibia del mar. ¡ Ah !, a propósito de agua. Era escasísima y había que ir a buscarla a pie y transportarla en baldes hasta la casa. Lo justo para preparar

la comida y lavar la ropa. Un buen baño, como Dios manda, nadie lo conocía.

- Se te enfría el café, niña -, le dijo La Diabla a la Luna.
- Verdad. Es que me entusiasmé contándoles sobre esa época.
- Yo te escucho super interesada -, dijo La Diabla. -
Continúa, por favor. No quiero perderme ningún detalle.

Las mesas del Café del Mundo se fueron llenando. Los clientes eran atendidos por la Templanza cuya fina silueta se deslizaba de aquí para allá. Nosotras no reparamos mayormente en quienes nos rodeaban. Sólo teníamos ojos y oídos para la nueva socia del club.

- o -

- ¡ Mozo ! -, gritó El Loco a uno de los meseros, un muchacho delgado y pálido que se dirigía a la cocina del restaurante-bar con una bandeja llena de platos sucios y botellas vacías.
- Enseguida, señor -, respondió éste, dando a entender que regresaría en cuanto dejara su carga en el interior.
- ¡ Cómo que enseguida !. ¡ Venga para acá, mi amigo ! -, insistió El Loco, con su vozarrón de tono autoritario, ante lo cual el empleado se acercó molesto pero sumiso a la mesa.

- Mire, maestro, aproveche mejor su viaje y tráiganos a la vuelta otra corrida de cerveza.

- ¿ Imperial, señor ?.

- De la misma.

- Así hay que tratar a estos huevones. Que sientan que el cliente es el que manda. Y no se preocupen, yo pago esta ronda, muchachos -, dijo El Loco al grupo de jóvenes que lo acompañaba, los cuales mostraban aspecto de estudiantes universitarios.

- ¿ Y que fue lo que hiciste después de terminar el servicio militar ? -, preguntó El Juicio, un alumno de la carrera de agronomía.

- Primero, me fui a Villa Alegre, a saludar a mi tío Sietedeoros. El viejo ha sido como un padre para mí. Estuve descansando un mes en su casa, reponiéndome. Me habían dejado flaco como perro vago los mal nacidos. Después, me largué a viajar. Partí hacia el norte, haciendo dedo. Fue fácil llegar a Valparaíso. Ahí me gané unos pesos cargando y descargando camiones en la feria y en el puerto. Me dediqué a recorrer ciudad por ciudad. Quería conocer lugares, personas. Y pasarlo bien, sin duda. Ansiaba ver todo por mí mismo y no me

contaran historias. Iba y venía. Me quedaba solamente donde me sentía a gusto. Y cuando empezaba el aburrimiento, ¡zas!, me largaba para donde se me antojaba. Para eso era libre ¡ Salud, muchachos !.

- ¡ Salud ! -, corearon.

- ¿ Y hasta donde llegaste?-, preguntó el chico Nuevecopas, estudiante de veterinaria.

- Muy lejos, compadre, y hasta muchos lugares. Pero, lo importante son aquellas estadías que no se olvidan. Hacía como un año que andaba tonteando de aquí para allá cuando llegué a Calama. Por esa época, había sólo una calle pavimentada. Además, el pueblucho tenía solamente dos edificios de ladrillo: un hotel y la cárcel. El resto, era pura madera apolillada, con habitaciones que crujían con el viento del desierto, mientras el polvo bailaba un trote³ y una cueca⁴ en cada esquina. Llegué sin un centavo. Cayó la noche. Me metí al primer bar que encontré. Al rato, se me sentó al lado una mina. Era joven, nada de fea. Y la encontré mejor que la Señorita Universo. Nos tomamos unos tragos. Se presentó como La Reina de Copas. Después me contó que en verdad su verdadero nombre era Estrella. El otro era un seudónimo, pues se trataba de una chica del ambiente. Y como

³ Baile típico del Altiplano

⁴ Baile típico de la Zona Central de Chile

era mujer, tenía corazón, así que cayó redondita. Desde esa noche tuve casa, comida y poto. ¡ Para qué les cuento !. En esos años, yo tenía suerte Me salió campeona para el catre la muchacha. Fuimos muy felices con la putita.

- ¡ Salud por El Loco, compañeros! -, dijo el Juicio.

- ¡ Eso !, ¡ sacó trago el muy cabrón ! -, acotó el Nuevecopas.

- ¡ Salud ! -, dijo El Loco. - Razón tiene el chico, pues en cabrón me convertí. Ella me mantenía, me cuidaba, me regaloneaba. Yo la protegía y le conseguía buenos clientes, tipos platudos, nada de los borrachitos que se tiraba encima antes de conocerme. Vivíamos contentos, pero el dinero era poco. Duré casi un año con ella. Varias veces quise dejarla, porque ese pueblo me aburría. Sin embargo, mi perra calameña iba al puerto de Antofagasta y me traía perfume, camisas, zapatos, qué sé yo La verdad es que era una mujercita deliciosa, caliente como una burra, pero el lugar me tenía asfixiado. Y no sabía cómo salir de allí. A pesar de esto, la suerte todavía me era fiel. Una mañana - deben haber sido como las once - estaba acostado, escuchando radio. De repente, oigo ¡ ta-ta-rí, ta-ta-rá !, ¡ ra-ta-plín, ra-ta-plán !. Era el aire marcial de un llamado del Cuerpo de Carabineros. Se invitaba a los jóvenes con el servicio militar cumplido, que no tuviesen más de veinticinco años, a servir a la patria y a combatir el delito y la delincuencia,

ingresando a la institución. Los interesados - yo era uno - teníamos que presentarnos en la Gobernación con los documentos al día.

- ¿ Y fuiste? -, preguntó alguien.

- ¿ Cómo no iba a ir ?. ¡ Era mi tabla de salvación !. Busqué mi libreta militar, la cédula de identidad, ¡ ah !, me conseguí un certificado de antecedentes penales, también. Y con toda esa papelería me apersoné en la oficina correspondiente. Después de esperar una semana, fui a mirar la lista de los seleccionados. Allí estaba mi nombre. Eso significaba que podía iniciar el curso de formación policial. Regresé a la casa y le conté a La Reina de Copas. ¡Se le llegó a parar el pelo de la sorpresa!. Enseguida, se deshizo en un mar de lágrimas. Después, me sacó todo tipo de sentimientos cochinos Que todo lo que hacía era por mí y ahora pensaba abandonarla. Que todos los hombres son iguales, unos desgraciados sin sentimientos y blá-blá-blá. Puse cara de dignidad ofendida y expliqué que necesitaba ganarme la vida y dejar de vivir a costillas de una mujer, lo cual me tenía muy aporreado. No sirvió de nada. ¿Qué diferencia había - me gritó - en ser cafiche de una puta y cafiche del gobierno?. Y así, siguió hablando y llorando al mismo tiempo, hasta que se desahogó completamente y se calmó. Yo continuaba con mi cara muy seria, aunque muerto de la risa por dentro. ¡Hasta disculpas me pidió la mina!. Al día siguiente, nos

despedimos. Quería ir a dejarme hasta el cuartel pero se lo prohibí. Las mujeres llorando en público lo descomponen a uno totalmente y no estaba para pasar vergüenzas.

- ¿Y cómo te fue?.

- ¿Cómo me iba a ir?. Bien, pues. Hice el curso y lo aprobé. Duraba seis meses. Terminado ese tiempo, me destinaron a la policía de fronteras en la misma región de Antofagasta. Estuve en plena cordillera de los Andes, pasando mis primeras experiencias como vigilante fronterizo. Era una especie de aclimatación. Igual, pasé bien la prueba. Un día, el sargento me llamó y me informó que mi destinación definitiva sería más al norte, en la región de Tarapacá. Más precisamente, en la aldea de Putre.

Los jóvenes - con ojos chispeantes - rodeaban a El Loco y admiraban su buena suerte y su osadía. ¡Conseguirse así de fácil una amante y mandarla a freír monos de un día para otro!. En cambio, ellos, de cabeza en los libros y laboratorios, parecían oscuros iniciados monásticos.

- o -

- El viejo Ermitaño te tenía permanentemente abandonada -, dije, para estimular a Luna a seguir confesándose.

- Ya lo creo. Aunque pronto iba a dejar de estar sola -, expresó, bajando la vista mientras golpeaba con el índice su cigarrillo por encima del cenicero.

- ¿ Sí ?.

- Uno de los policías, compañero de cuartel con El Ermitaño, a quien se conocía como El Sol, comenzó a merodear cerca de la casa. Pasaba por allí y me saludaba. Cuando Ermitaño andaba fuera, se detenía a conversar. De inmediato noté que el paco⁵ me comía con los ojos. Se le llegaba a hacer agua la boca al detener su mirada en mi busto. Eso me agradaba. Un día, me atreví a hacerlo pasar. Le serví una simple taza de té. No acababa de ponerla sobre la mesa cuando me tomó de la cintura y me atrajo hacia él. Me dejé llevar y sin darme cuenta, en un instante estaba sentada en sus rodillas. Me abracé a él con mis labios atrapados en la boca del hombre.. Dejé que acariciara mi cuerpo, me tocara los muslos, me apretara la cintura. Ahí, también. Después de unos segundos, me puso a un lado, se desabrochó el pantalón y sacó su arma lista para atacar.

- ¡Horror!, ¿ quería matarte? -, preguntó La Diabla.

⁵ En Chile, expresión vulgar para referirse a un policía uniformado.

- No era precisamente un revólver -, comenté, mientras Luna iluminaba la mesa con su sonrisa y continuaba relatando.

- Me levantó la falda y empezó la primera tentativa cuando me vino el arrepentimiento y lo rechacé, empujándolo con las manos y escurriéndome a un lado. La sorpresa no le duró más de un instante. Fue a su chaqueta, sacó un billete y lo puso sobre la mesa. Después, continuó como si tal cosa. Volvió a abrazarme. Me puso contra la muralla. Abrí un poco las piernas y lo metió. No fue fácil pero tampoco tan difícil, ¿no ven que me había calentado cuando estábamos en la silla?. El asunto duró poco. Cogió su gorra y se fue, no sin antes mirar hacia ambos lados del callejón donde vivía.

- ¿Te gustó? -, preguntó La Diabla.

- Mira, gocé el momento, aunque sin acabar. Fue demasiado breve para lograr eso. Más contenta me dejó el dinero que estaba en la mesa.

- Supongo que volviste a verlo -, insinué.

- ¿Te cabe alguna duda?. Y eso no es todo. En cuanto mi marido volvió a salir a la montaña, él volvió a aparecer. La situación fue parecida a la anterior, no muy larga, aunque esta vez lo llevé para la cama. Antes de irse, sin decir palabra, nuevamente dejó dinero sobre la mesa. Al siguiente día, caminaba por mi calle y se detuvo a saludarme. Estaba

acompañado de otro policía, grande, macizo. Un toro. Era joven, de menos palabras todavía, pero de risa fácil. De pronto, el cabo dijo que tenía que pasar a ver a un vecino y nos dejó solos. Como no hallaba qué hacer allí en medio de la vereda, lo hice pasar. Le ofrecí un té de coca. Aceptó. Cuando se lo traje, sobre la mesa había un billete de cinco mil. Nada más puse la taza enfrente de él, me tomó con sus manazas y me apretó con fuerza contra sí. Me dejé besar y manosear. Lo hacía con rudeza animal. Sin palabras, me levantó del suelo y me llevó a la cama. Igual, sin palabras, me metió su grueso miembro sin ninguna consideración y casi me asfixió con su peso y su enorme morro chupándome la boca. Por suerte, no duró mucho. Se subió la bragueta y se largó contento.

- ¿Y qué pensaste de esto, de lo que había pasado con ellos?.

- ¿Qué pensaba?. ¡ En una semana había aprendido más que en toda mi vida! Esa noche, recordé las crudas y descarnadas frases de mi madre. Sentí que mi mente se iluminaba. Lo que más anhelaba era salir de ese lugar y para eso necesitaba recursos. Ahora sabía como conseguirlos. Juré a mí misma que me concentraría con empeño en mi propósito. Por el momento, el asunto esencial es conseguir dinero - me dije - y la condición, era que El Ermitaño no se enterara de nada. Mi precio no era caro. La voz circuló rápido entre los policías y mis clientes brotaron como callampas, de un momento a otro.

Tenía que ser ordenada. Cada cual a su día y a su hora. Mis ahorros iban creciendo, lentamente, pero siempre creciendo.

- El marido es el último en enterarse -, sentenció La Diabla, como al pasar.

- Oye, no era el primer cornudo ni tampoco iba a ser el último -, dije, después de soplar mi taza de café.

- Lo simpático y curioso de esto - siguió Luna - era que alrededor de El Ermitaño los guardias guardaban el secreto como si fueran el muro del cementerio, tal cual el frío y la oscuridad de la noche del desierto hacen imposible reconocer la realidad que te circunda.

- ¿Quién lo duda? -, intervine. - Ninguno de esos perros estaba dispuesto a perder la presa. En especial, porque ésta era una mujer. Me la imagino joven, de carnes apretadas, de piel suave y tierna, de sonrisa graciosa, que les recordaba la tibieza y frescura del mar de Arica.

- No sólo por eso -, prosiguió Luna. - Ninguno estaba disponible para perder el puesto. Si nos descubrían y mi marido reclamaba, el castigo era seguro. Ahora bien, lo importante para mí no era esto. Mis ambiciones habían crecido y mis objetivos apuntaban más lejos. Quería reunir un capital, abandonar al viejo e instalarme en Arica. Pondría mi

propio negocio. Una casa de putas donde yo sería la dueña. Allí, nunca más le vendería mi trasero a nadie pero, el de las otras, ¿por qué no?.

- Te habías endurecido totalmente

- Hija, era el todo o nada. Aunque una es tan tonta. Mujer al fin y al cabo. Reconozco que tuve una caída -, sonrió y sus ojos dieron un ensoñado brillo. - Apareció un recluta nuevo. Alto, espigado, ojos verdes. Siempre alegre, simpático. Nada tímido. Todo lo contrario. De una clase distinta de hombre. Ustedes me comprenden. Apenas me conoció, ofreció ir a saludarme a la casa. "- Está bien", le dije, con el corazón latiéndome con fuerza. "- Vaya el jueves".

- o -

- En Putre fui conociendo a fondo los procedimientos y la rutina de la policía fronteriza. Los patrullajes, las requisiciones del ganado de contrabando, los operativos de control de estupefacientes, las misiones sanitarias. Al comienzo, todo era una aventura. El clima y el ambiente natural, desafíos para el hombre, para los hombres de verdad. Claro, tanta distracción no podía durar mucho. Me había acostumbrado a tener el mundo por hogar y hacer las cosas mientras me provocaran entretención. Al correr de unos meses, todo se me hacía tedioso. ¿Qué pasaba?. Quizás la poca gente,

las mismas caras, el mismo paisaje. En situaciones parecidas el aburrimiento lo calman con alcohol y mujeres. No era tan estúpido como para sumergirme en el trago. Entonces, ¿dónde estaban las mujeres?.

- ¿ Y las indias?.

- Mire, compañero, pasando por alto a todas las lugareñas, que eran indígenas aymarás, cubiertas de trapos y faldas y de sombrero en la cabeza, con harta mala fama respecto del aseo personal, la única que podía llamar mi atención era la Lusna, una mujer de raza chilena, la esposa de cabo practicante de la unidad policial. La conocí un domingo, cuando ella iba a la misa. La saludé, igual como se saluda a una señora, amiga de mucho tiempo. De inmediato, le pregunté si nos veíamos. La morena tenía una sonrisa deslumbrante y ningún pelo de tímida. Me pidió que fuera a verla el jueves. Mi necesidad de tirarme una hembra era cosa viva. ¡Hasta el jueves!. No pude comprender por qué la mulata me hacía esperar cuatro días, especialmente cuando su marido no regresaba de la sierra hasta el viernes. Dejé pasar el lunes. Sin embargo, el fuego que sentía por dentro me impidió aguantar un día más. Fui antes, el martes. Aparecí por allá después de almuerzo, a la hora de la siesta, cuando no se mueve un alma. Localicé su casa, una vivienda miserable que se caía con sólo mirarla. Me acerqué a la puerta y golpeé sobre la madera reseca. Nadie respondió. Volví a tocar, varias veces. No podía convencerme

de que no estaba. Esperé. Nada. Volví a tocar. Finalmente, se asomó una mujer, un poco despeinada y con la ropa puesta a la rápida. Era ella. Me dijo en tono cortante que la cosa era el jueves y me cerró la puerta en las narices. En los breves instantes de aquél escaso diálogo me pareció ver una gorra policial encima de un mueble. Más no se pudo distinguir en la penumbra interior de la casa y en tan escaso tiempo. Regresé al cuartel con un sabor amargo en la boca. No estaba acostumbrado a que las mujeres me trataran así. Había quedado intrigado, así que empecé a abrir más los ojos y a aguzar el oído. En veinticuatro horas, logré averiguar que la Lusnita era bastante despierta.

- ¿Y fuiste el jueves? -, preguntó el chico Nuevecopas.

- Sí, señor. Adivinaba que yo le gustaba. Además, estaba confirmada la cita. Cuando por fin estuvimos a solas, después de conversar un poquito, le di algunos besos. Lo extraño era que tenían sabor a pólvora

- ¿Se había tragado un petardo? -, dijo Nuevecopas.

- Es que la mina era explosiva de carácter -, agregó un flaco con anteojos desde el otro extremo de la mesa.

Gozando con el ambiente jocoso, después de sorber un trago de cerveza e imponiéndose por encima de las bromas y risas, El Loco siguió con su relato.

- Me dio asco, pero la huevona no me soltaba y se prendía a mí con fuerza, atracándose contra el respaldo de la cama. Quise sacarle la ropa pero no se dejó. Se tiró de espaldas, se recogió la pollera - andaba sin calzones - y abrió sus muslos morenos. Me empujó la cabeza hacia abajo, indicando que esperaba se la lamiera. La mulata entregaba su sexo como si fuese el más preciado tesoro para que yo le sacara brillo frotándolo con mi lengua. Me sumergí en esas profundidades, ávido de darle el gusto a mi nueva enamorada. Esa vez aprendí a bucear. Era la huevona más hedionda que había conocido en mi vida. Como el asunto le gustaba y me lo siguió pidiendo en otras oportunidades, tenía que aguantar la respiración para evitar el espantoso olor a marisco descompuesto. Y eso no era todo. Las axilas de la negra eran de un aroma más fuerte que las de mi caballo. Con el pasar de los días, fuimos tomando confianza. Ahí supe que las condiciones higiénicas de su casa eran pésimas y ella no tenía hábitos de limpieza. ¿El sabor de pólvora en la boca?. No me lo dijo. Sospecho que antes de cada encuentro se enjuagaba la boca con agua de colonia. El resultado era una fragancia fecal. Poco a poco se atrevió a contarme su verdad. Nunca la dijo completa. Así, confirmé que mi morena era una puta profesional y que el cuartel completo pasaba por entre sus piernas todos los meses. No iban más

seguido porque nos pagaban sólo una vez al mes. Me daba pena por ella. Estaba casada con un hombre mucho mayor que ganaba la misma miseria que yo, que estaba joven y soltero Juntar esa plata ofreciendo el culo era su única oportunidad de salir de allí. ¿Y qué creen que pensaba hacer?. Irse a Arica, arrendar una casa y dedicarse a cabrona de burdel. ¿Qué les parece?. Yo le tenía admiración y ella ..., ella estaba enamorada de este servidor. ¿Qué cómo lo sabía?.. Era al único que no le cobraba. Fuimos felices casi un año, ella y yo, luchando por saciar nuestra soledad. Todo iba bastante bien, hasta que me dieron vacaciones y decidí ir a dar una vuelta a la ciudad de Calama.

El Loco desplegaba su relato, mientras por los parlantes del restaurante se dejaba oír una canción y los estudiantes, con la cerveza un poco subida a la cabeza, rodeaban a su héroe - feliz entre ellos - cantándole⁶ a coro.

"Estoy tan enamorado de la negra Tomasa
 que cuando se va de casa
 que triste me pongo
 Estoy tan enamorado de la negra Tomasa
 Que cuando se va de casa
 Que triste me pongo
 Ay, ay, ay
 Esa negra linda
 que me echó bilongo ..."

- o -

- Lo cité por primera vez para un día jueves. Sin embargo, el muy terco no me hizo caso. Se anticipó y llegó por mi casa el martes. Esa semana mi marido andaba en la sierra y yo aprovechaba para atender a mis clientes. Estaba encamada con uno de ellos - parece que era El Colgado, un sargento - cuando, de pronto, oigo golpes en la puerta de calle. ¡Me puse tan nerviosa!. ¿Quién sería?. ¿Mi marido, quizás?. Estaba muy alterada. El miedo me hacía tiritar entera pero, felizmente, la solución se fue dando sola. El policía me avisó en voz baja que se escondería en el patio y para allá salió en calzoncillos, en puntas de pies, con los pantalones en una mano y los botines en la otra. Pensé hacerme la desentendida. No hubo caso. Los golpes seguían. Llena de temor, atisé por un postigo y descubrí que era mi nuevo galán. A pesar que me ahogaba de vergüenza - el miedo se me había disipado - decidí enfrentar la situación para evitar un escándalo. Despeinada, abrí la puerta. Le dije muy seria que lo había invitado para el jueves, que ahora estaba muy ocupada y cerré de un golpe. Volví al patio a buscar a mi cliente. El pajarito se había volado a través de las quintas vecinas.

- ¿Se habría dado cuenta? -, pregunté.

⁶ Canción del músico cubano Francisco Repilado (Compay Segundo)

- ¿Quién?, ¿El Loco?. No lo sé. Me paralicé cuando vi la gorra del sargento, olvidada en la huida sobre una repisa a la entrada, al lado de la puerta de calle. Quedé atravesada por la duda.

- Tienes que haber estado bastante aporreada -, dijimos las otras, más o menos al mismo tiempo.

- Sentía algo tremendo. No es nada de agradable que el pretendiente de una se entere que eres una puta. Debo haber estado enamorándome del joven. Era la primera vez que me sentía tan angustiada. ¿Iría a volver?. Había salido a atenderlo toda desordenada, con el cabello revuelto. ¿Me habría encontrado fea, ordinaria?. Dale que dale con mis dudas, deprimida, pasé el resto de ese martes y el miércoles, también. Al amanecer del día jueves mi espíritu se encontraba más despejado y tomé una decisión. Lo hecho, hecho estaba y lo dicho, se había dicho, para bien o para mal. Que viniera lo que viniese. Como si tal cosa, me preparé para recibirlo en la tarde. Planché una falda y una blusa. Me perfumé entera y me puse carmín en los labios.

- ¿Y que pasó? -, se atropelló La Diabla. - ¿Vino a verte?.

- Llegó la hora. Y llegó mi pretendiente. Lo vi tan buenmozo, tan bonito. ¡Lo encontré tan simpático!. Mientras

conversábamos, pensé si le cobraría por el servicio. ¿Sería incorrecto?. No me quedó tiempo para tomar una decisión a ese respecto porque muy luego estábamos abrazados, acariciándonos. Me sentía muy caliente, aunque muy nerviosa. ¿Le gustaría a él?. Corría el mes de agosto y yo estaba en celo como si fuera una gata. Mi tensión aumentaba al darme cuenta que transpiraba entera. Los muslos, la espalda, el vientre, los tenía mojados, pero no era de calor, era de nervios. Me besó y le contesté con pasión.

- ¡Guaiiii! -, chilló La Diabla, mientras la atención de las mesas vecinas, se concentraba en nuestro grupo por algunos instantes y mi mirada le daba un invisible latigazo que significaba "cállate estúpida".

- Sin proponérmelo, me vino un deseo incontenible de entregarme a él. No sé por qué, pero lo que se me ocurrió espontáneamente fue entregarle mi cosa para que se la comiera, ¿ qué sé yo?, la chupara y la lamiera. Sin rechazar mi oferta, al contrario, tal cual un perro, en cuatro patas, hundió la cabeza entre mis piernas y lamió con ansias, apurado, como si estuviese allí el más exquisito de los postres. Lo único malo es que lo hizo durante poco rato. Me gustó. Me agradó muchísimo y me dejó sabor a poco. Por mí, que hubiese chupado y mordido ojalá eternamente. Lo habría dejado todo el día si él hubiera querido continuar. A mí me pareció que a él también le gustó mucho, pero fue mezquino. A

los pocos segundos estábamos unidos sexualmente. Él acabó rápidamente. ¿Si era como todos?. No, no, tenía aguante, pero ese día estaba atolondrado porque parece que hacía tiempo que no se acostaba con una mujer. Yo no pude lograrlo. Estaba demasiado tensa, demasiado preocupada por caer bien y no decepcionarlo. Lo dejé montarse otro par de veces esa tarde. A pesar de que intenté satisfacerlo, no sé por qué, me pareció que él no tenía buena cara. ¿A qué se debería?. ¿Qué habría hecho yo de equivocado?. ¿Serían nada más que ideas mías?.

- ¿Le cobraste?.
- ¿Se les ocurre?. Ni lo pensé, ni lo hice. Un rato después, salió rumbo a su cuartel. A partir de ese momento nos convertimos en amantes.
- Entonces, mejoró tu experiencia. Quiero decir, si lo fuiste pasando mejor.
- Siiii Esa tarde fue muy dura. Quedé muy cansada. Sabía que era de pura tensión nerviosa. En cambio, el segundo encuentro fue sensacional. Acabé, volé hasta el Lago Titicaca, floté por el cielo hasta no sé dónde.
- ¿Te la chupó? -, consultó La Diabla.

- De ahí en adelante, siempre se lo seguí pidiendo. Era casi una obligación. Acababa primero con su lengua y después, con lo que corresponde -, confesó Luna entre avergonzada y risueña. - Lo pasamos muy bien. Nos hicimos muy amigos. Nunca se molestó por mi trabajo. Al contrario, pasó a ser mi confidente. Confiábamos el uno en el otro. Le conté mis planes, mis deseos de irme de allí y ser libre. A él también le pasaba lo mismo.

- ¿ Y el practicante llegó a sospechar algo? -, pregunté.

- Nada. Hasta hoy me asombra que no se diera cuenta. Había transcurrido más de un año de la llegada de El Loco. Tenía ahorrado lo suficiente y estaba decidida a fugarme a Arica poco antes que comenzara el invierno boliviano. Putre iba a quedar aislado - como todos los años - y pasarían meses antes de que alguien pudiera intentar buscarme. Me acuerdo que era el mes de enero. El Loco salió de vacaciones y tenía muchos deseos de no quedarse allí. Me contó que le gustaría ir a Calama. Le di ánimo para que fuera. El pobre estaba demasiado encerrado en Putre. Además, le confesé mi plan de fuga. Yo saldría después que él hubiese partido. Acordamos que nos encontraríamos en Arica, después que él regresara de su descanso en Calama.

- Llegué a Calama. Andaba vestido de civil. Por una parte, me sentía como liberado del peso de una armadura. Por otra, a veces, me sentía desnudo como un niño. Así pasa con el uniforme. Bueno, la cuestión era pasarla bien, meterse oxígeno en los pulmones. Empecé a visitar mis antiguos paradores, las calles con casas de putas y los bares, donde se juntaban los mineros recién pagados. Circulaban tipos peligrosos, también. Aunque esto no me importaba, conocía el ambiente y sabía como tratar a los guapos. ¡Aposté a mi Rueda de La Fortuna!. Recuerdo que era un día de mitad de semana. Entré a un tugurio y me senté a la barra. Pedí un trago, me lo sirvieron y comencé a esperar por si llegaba algún conocido, para conversar y beber juntos. El barman que me atendió era un viejo pelado, guatón y fortacho, el propio dueño del local. Un saco de plomo. Peligroso como un tigre.

- ¿El viejo te conocía? -, murmuró El Juicio.

- Sí, me conocía. Estuve esperando alrededor de una hora. Me serví el whisky lentamente. El viejo me observaba de reojo. Le hice seña para que se acercara. Le pedí que repitiera el trago y, por fanfarronear, le susurré al oído que me consiguiera un par de papelillos de cocaína. Me dijo que sí, que me la traerían enseguida. Mientras aguardaba mis encargos comenzó a llegar más gente. Me trajo el licor. Sin embargo, mi intuición de paco - es algo que se despierta cuando estás adentro - me indicó que el asunto no andaba bien. Con el

rabillo del ojo di un vistazo hacia los lados, pero haciéndome el estúpido con cara de aburrido y rascándome por aquí o por allá para despistar. Advertí que unos tipos se me habían acercado más de la cuenta. Calculé con absoluta seguridad que debía tener a otro detrás. El barman se acercó y se puso precisamente frente a mí. Me miró con odio, rematado de odio. Su cara, contraída por la rabia, hacía una mueca monstruosa. Comenzó a increparme en forma dura y seca, usando groserías, pero sin alzar mucho la voz, para no llamar la atención de los clientes. Me espetó mi calidad de policía, agregando que él no aceptaba espías en su negocio, que nos conocía de lejos. Él no iba a permitir que viniera un hijo de puta a provocarlo en su territorio. Mi respuesta fue dar un salto hacia un costado en dirección a la puerta. Ese acto fue como la señal de ataque. Empezaron a darme desde todos lados. Me defendí bien, siempre retrocediendo hacia la puerta. Recibía y devolvía. Al ver que no terminaban rápidamente conmigo, el viejo perdió la paciencia. Hizo a un lado a uno de sus matones y apareció con una barra metálica en las manos, un pedazo como de esas que se usan en construcción. Me propinó un buen fierrazo en el pecho que me hizo volar fuera del local de una vez por todas. Caí de espaldas, sobre la acera, con la cabeza colgando hacia la calzada.

- Te tenían cagado, amigo -, murmuró uno.

- Pero no vencido. En forma instintiva, saqué mi revólver y disparé a bulto a la figura que tenía más cercana. Un tipo cayó muerto con el corazón atravesado. Era el barman. Los otros, huyeron.

- Y a ti, ¿ qué te pasó?.

- La pelea no fue nada. Lo jodido llegó después. Me arrestaron y me pusieron a disposición del fiscal militar. Me trasladaron preso a la capital y después de algunos meses tras las rejas me dieron de baja de la institución. ¡Salud, compañeros! -, dijo El Loco, muerto de la risa.

- ¡Salud! -, corearon.

- ¿Y la morena?.

- Jamás volví a verla.

- o -

- A la semana siguiente que El Loco había partido se dio la oportunidad que El Ermitaño anduviera en misión por los poblados de la parte alta de la cordillera. Ahí aproveché de decir adiós al altiplano. Mis cosas eran tan pocas que cabían en una maleta pequeña, la cual no llamaba la atención. Si hubiera podido meterme adentro, lo habría hecho. Además, no quería llevarme nada que me recordara la vida que había

sufrido allá arriba. Pasé desapercibida al abordar el tren. Faltaba poco para partir y ya viajaba mentalmente hacia la ciudad cuando veo que entra al vagón el cabo El Sol junto a un subalterno. Correspondía una inspección rutinaria de los equipajes de mano. Me saludó en forma amable y respetuosa. Me preguntó a dónde iba, lo cual no contesté. Mas bien me justifiqué diciendo que debía ir a visitar a mi madre quien se encontraba enferma. Comprendió que se trataba de una mentira - según me contó meses más tarde - pero no formuló ningún comentario. Finalmente, la máquina se lanzó a rodar y al caer la noche me encontraba en Arica. La libertad estaba lograda.

- ¿Y El Loco?. ¿Qué fue de él?. ¿Volvió a reunirse contigo?.

- No. Nunca más lo vi. Meses después, cuando estaba instalada con mi negocio, apareció el mismísimo cabo El Sol. Conversamos amigablemente. Supe guardar la distancia. Recuerden que tenía jurado no volver a acostarme por dinero. Para asegurarme su silencio le hice una atención. Le pedí que se quedara, le di una buena habitación y le envié la más linda de mis chicas. Desde entonces, los pacos de Putre comenzaron a venir como clientes. Se portaron muy bien. Guardaban el hocico bien cerrado. Y eso no fue todo. Nunca tuve problemas con la policía. Estaba recomendada por mis clientes a los carabineros de Arica y hasta el mismo prefecto jefe venía a distraerse de vez en cuando. Respecto a El Loco,

- me contaron que había matado a un hombre en Calama y que se lo habían llevado a Santiago para enjuiciarlo. Cuando lo supe, sentí como si un cataclismo derribara una Torre. Sufrí mucho al enterarme que tenía un problema tan grave, aunque fue un alivio saberlo. Antes, pensaba que me había abandonado por puro capricho. Ahora, lo perdonaba, pues nunca antes había sospechado que las cosas se le habían complicado tanto.
- ¿Lo recuerdas?. Parece que lo amabas -, comenté.
 - Mira, estas cosas ocurrieron hace tiempo. Me refiero a cuando fuimos amantes. Han pasado más de quince años. Ahora tengo cuarenta
 - No me has contestado -, observé.
 - Verdad. A veces, lo recuerdo con nostalgia. Es el único hombre que ha sido capaz de provocarme ternura. Si no lo hubiera perdido, lo habría amado. Era un fresco, un vividor alegre, liviano. Siempre tenía algún gesto de delicadeza. Sabía ser simpático y hacerte creer que no existía otra mujer en su vida que no fueras tú.
 - ¿ Y por qué no luchaste por él?.
 - Porque tenía un miedo atroz. Justo cuando él cayó preso - por lo demás yo no lo sabía - andaba escondiéndome de mi

marido. Además, tenía que vivir de algo y con el tipo de negocio que había montado no podía llamar demasiado la atención. Cuando me atreví a indagar algo fue demasiado tarde. No había rastro suyo.

- Bueno, tampoco podemos echarle toda la culpa a Luna -, terció La Diabla. - Si él la hubiera querido tanto, ¿ por qué no vino a buscarla cuando salió libre ?, ¿ o es que se lo tragó la tierra ?.
- Tienes razón -, repliqué. - Olvidémonos de ése. ¿ Que tal si hacemos algo más provechoso y vemos las cartas?.

Luna aceptó de inmediato. Para abreviar, propuse hacer la tirada de la cruz, que es una de las más cortas. Barajé los arcanos mayores, le pedí que cortara, monté nuevamente los dos montones que resultaron y desplegué ante ella las cartas boca abajo. Le sugerí que se concentrara y realizara mentalmente una pregunta. La hice escoger cuatro cartas, una a una. Iba a comenzar a darlas vuelta cuando La Diabla interrumpió con su tino habitual.

- ¡ Uuuyyy !. ¡ Miren la hora que es !. Si no nos vamos de inmediato, vas a perder el avión.

Ante ese requerimiento, Luna volvió a la tiranía de la materialidad, dejó de lado su interés por el oráculo, confirmó lo dicho por nuestra amiga y señaló que era mejor que lo dejáramos

para otra ocasión. Nos despedimos efusivamente. Ambas salieron disparadas en dirección al aeropuerto.

Mientras bebía mi último café, perdida la vista hacia el atardecer en la plaza, mi oído reparó en la música que brindaba la cafetería.

...esa negra linda
que me echó bilongo
na' ma' que me gusta la comía
que me cocina
na' ma' que me gusta la café
que ella me cuele ..."

- o -